



Aunque lejana en el tiempo, la exhortación de Monseñor Dorado, el entonces Presidente de la Comisión de Enseñanza de la Conferencia Episcopal Española, sigue teniendo valor hoy tanto por los análisis que hace como por las propuestas que plantea. Los rasgos de desorientación, pluralismo y escaso nivel asociativo que refleja el análisis de entonces, siguen estando presentes entre los profesores hoy hasta el punto de preguntarnos si no serán crónicos. La propuesta de establecer un ministerio laical de la educación dentro de la Iglesia que entonces sonaba a avanzada, treinta años después sigue sin desarrollarse en una iglesia que parece estar más preocupada por otros asuntos... No es raro que muchos de los profesores cristianos tanto ayer como hoy se sigan sintiendo desanimados por la escasa conciencia eclesial existente de la importancia del campo de la enseñanza, se sigan sintiendo aislados en su trabajo, no siempre de acuerdo con los padres de sus alumnos, también cristianos. La interrogación en la que se envuelve el título sigue siendo válida también hoy y lo que hace treinta años era urgente, promover y potenciar asociaciones cristianas de profesores, hoy lo es más.

1. INTRODUCCIÓN

El primer Congreso de Profesores Cristianos es uno más de los frutos visibles de la visita pastoral del Papa Juan Pablo II a España¹. Surgió de la inquietud, el deseo de servir y la esperanza entusiasta de numerosos profesores y conectó fácilmente con el programa que se marcó la Conferencia Episcopal. Durante todo un año, ha sido un lugar rico y privilegiado de encuentro, de reflexión y de trabajo de esta parcela del Pueblo de Dios que trabaja en la misión de educar, desde

la acción salvadora y liberadora de Jesucristo, a las futuras generaciones de nuestro pueblo.

La raíz de la que ha brotado y de la que se ha ido nutriendo en sus fases diocesanas es la fe en Jesucristo. Esta base cristológica pone de manifiesto que se trata de un don del Espíritu para afrontar, desde la fe y de forma constructiva, nuestra realidad histórica presente. Nos toca construir y vivir la historia de la salvación de este momento de la realidad española, con la luz y la fuerza del Espíritu.

A lo largo de todo un año se ha realizado un esfuerzo de reflexión sobre la identidad del profesor cristiano, sobre el dialogo fe-cultura y sobre el apoyo de la comunidad cristiana a los

¹ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo*, 111, B, 5

laicos que desempeñan su servicio al pueblo como profesores. Desde el análisis de nuestra situación concreta, se han ido perfilando líneas de vida y de acción. También han ido emergiendo las grandes dificultades con que se encuentra hoy un profesor cristiano.

Queremos ofrecer una *iluminación teológica* que constituya el marco desde el que podamos buscar juntos líneas operativas para lograr y mejorar el apoyo de la comunidad cristiana a sus profesores. La conciencia de que Dios camina con su pueblo para salvarlo y liberarlo constituye la base de toda la reflexión posterior.

2. EL ESPÍRITU ALIENTA CON INTENSIDAD ESPECIAL EN LOS TIEMPOS DE CRISIS

Al analizar el momento histórico presente, han ido apareciendo, a lo largo del año, situaciones nuevas, logros, dificultades, iniciativas y graves problemas de fondo. Vivimos en una profunda «crisis», en uno de esos momentos de ajuste, en los que hay que descubrir nuevos caminos y derroteros. Creemos que los rasgos esenciales de esta crisis en lo que atañe al campo de la enseñanza entre nosotros, pueden sintetizarse así:

2.1. Búsqueda de bases firmes que orienten y guíen el cambio. Ya el Concilio Vaticano II señaló que vivimos en una época de cambios profundos y de aceleración de la historia². Esta experiencia que estamos viviendo, y que algunos autores identifican con una crisis de identificación, va haciendo brotar en la conciencia de muchas personas lúcidas la necesidad de unas bases firmes, de un mundo de valores permanentes que nos orienten en el cambio. No intentamos postular una actitud inmovilista, y mucho menos cerrada al progreso de la historia: únicamente pretendemos decir que el hombre es un peregrino, que camina sin detenerse porque sabe de dónde viene y a dónde va, no un ser errante sin raíces ni destino y a merced de fuerzas impersonales que le zarandean.

Frente a la relativización de todos los valores, bajo el pretexto de que el hombre es un ser histórico, son cada día más numerosas las personas que sostienen que los derechos de la persona humana,

la solidaridad, el afán por la justicia... son valores válidos en cualquier lugar y época. Los cristianos deben asumir con gozo todos estos valores que han ido emergiendo en la conciencia contemporánea³ como parte de la historia de salvación, y situarse con esperanza y coraje ante el cambio, porque el Espíritu de Jesucristo sigue alentando en la historia. Pero, además, saben por la fe que «la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es ésta: Hacia Cristo, redentor del hombre; hacia Cristo, redentor del mundo»⁴. Recientemente les decía el Papa a los educadores cristianos del Canadá: «los jóvenes aspiran a encontrar valores sólidos y permanentes que puedan dar significado y finalidad a su vida. Buscan un terreno sólido, un punto elevado en el que injertarse... El Evangelio nos dice dónde podemos encontrar este terreno»⁵. Pero siempre «permaneciendo abiertos a las nuevas influencias culturales», para interpretarlas a la luz de la fe y del mandamiento del amor de Cristo.»⁶

2.2. Una situación de pluralismo. De esta situación, que ya constataba hace tres años el Consejo General de la Educación Cristiana⁷, han dado fe patente los Congresos Diocesanos: pluralismo en el campo de las técnicas pedagógicas; pluralismo en los proyectos de sociedad que se pretende construir; pluralismo en los proyectos del hombre y de futuro que se alumbran; y pluralismo incluso de la forma de comprender a la Iglesia y a su misión en el mundo. Ante esta situación, por una parte hay que respetar la autonomía de lo secular, como ha subrayado alguna Diócesis siguiendo las orientaciones del Vaticano II; por otra, hay que aprender a buscar en concordia incluso con aquellos que no comparten un proyecto de sociedad y de hombre inspirados en el Evangelio, adoptando una postura de humildad y de «respeto sincero y activo a todas las personas y a todas las opiniones —como decía el Consejo

³ Cfr. Fil. 4, 8.

⁴ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 1.

⁵ Id, *Discurso a los educadores cristianos* (12-LX-1984), 5.

⁶ Cfr. Ib. 2. Cfr. también, CONSEJO GENERAL DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA, *Cristianos en la escuela*, (Madrid, 1981) 18-19.

⁷ Cfr. CONSEJO GENERAL DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA, *Cristianos en la escuela* (Madrid 1981), 16.

² Cfr. VATICANO II, *Gaudium et spes*, 4-8.

General de la Educación Cristiana—, facilitando la concordia, la posibilidad de establecer líneas comunes de acción», «la de diálogo con su realidad circundante... Un diálogo que reúne como notas distintivas claridad, paciencia, confianza, prudencia pedagógica⁸. Pero esto no es todo, ya que también en la sociedad pluralista y muy particularmente en ella, se ha de mantener viva y sin ambigüedad la identidad cristiana. Como hace dos meses Juan Pablo II en Canadá, dirigiéndose a los educadores: «En una sociedad pluralista es ciertamente un desafío asegurar servicios educativos satisfactorios para todos los ciudadanos. Al enfrentarse con este complejo reto no se debe ignorar la centralidad de Dios en la visión de la vida propia de los creyentes»⁹.

2.3. La elaboración y entrada en vigor de una nueva legislación sobre la enseñanza. En los tres últimos años se han ido elaborando y aplicando una serie de leyes sobre la enseñanza que van a tener gran repercusión en el futuro de nuestra sociedad. Aparte de la LODE y de los problemas que plantea a la escuela católica, tenemos la Ley de Reforma Universitaria y un amplio conjunto de decretos-leyes. Se trata de un aspecto de la enseñanza en el que no ha entrado de forma directa este Congreso, pero que va a exigir a los educadores y a la misma comunidad cristiana un notable esfuerzo de creatividad y de adaptación al nuevo marco jurídico. En los Congresos diocesanos han ido surgiendo temas que tienen mucho que ver con la nueva legislación: la enseñanza de la religión en la escuela; la integración de los padres en las comunidades educativas y en los consejos escolares; la relación escuela-parroquia, especialmente en las barriadas y en el mundo rural; las expresiones de fe en el ámbito escolar...

Es necesario estudiar a fondo y críticamente toda esta legislación, ya que constituye el marco en el que tienen que desarrollar su tarea de seglares cristianos y educar a las futuras generaciones.

Muchos de los *profesores*, quizá la mayoría, *trabajan* en centros estatales; y también son

⁸ Cfr. CONSEJO GENERAL DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA, *Cristianos en la escuela* (Madrid 1981), 16. Cfr. PABLO VI, *Ecclesiam suam*, 75.

⁹ JUAN PABLO II, *Discurso a los educadores cristianos* (12-LX-84), 9.

mayoría los niños y adolescentes que estudian en tales centros «La presencia del laico católico es con frecuencia la única presencia de la Iglesia en dichas escuelas. En ellas se cumple lo expresado más arriba de que sólo a través del laico puede la Iglesia llegar a determinados lugares, ambientes e instituciones»¹⁰. Esto, que ya es parcialmente verdad, va a agudizarse con la aplicación de las nuevas leyes.

2.4. Escaso nivel asociativo. Un mal crónico de nuestra sociedad española es su bajo nivel asociativo. Y *tengo mis dudas* de que este bajo nivel haya cambiado con la llegada de la democracia. La escasa militancia en los partidos políticos, en las organizaciones sindicales y en las mismas asociaciones eclesiales es un dato preocupante. Es verdad que dentro de la Iglesia han comenzado a surgir las pequeñas comunidades, y, en lo cívico, las asociaciones de vecinos. Pero se trata de fenómenos minoritarios. Los españoles nos asociamos muy poco.

En el mundo de la enseñanza, han comenzado a cobrar fuerza las asociaciones de padres, y apuntan tímidamente asociaciones de educadores cristianos.

Estos cuatro rasgos constituyen los componentes de la crisis que estamos viviendo, y, el marco en el que se inscribe diariamente la tarea de los educadores. No debía olvidarse que han sido las grandes crisis socioculturales los momentos privilegiados en los que el Espíritu ha impulsado con mayor fuerza y creatividad a la comunidad creyente. Pero esta acción del Espíritu no exime de la búsqueda y del esfuerzo doloroso, sino que los supone como condición indispensable.

3. ¿POR QUE LA IGLESIA DEBE APOYAR A LOS PROFESORES CRISTIANOS?

La búsqueda de líneas operativas de apoyo de la comunidad cristiana a sus profesores será tanto mas tenaz cuanto mayores sean las convicciones no sólo de la importancia del tema sino también de la raíz teológica en que se fundamenta la

¹⁰ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, 48.

necesidad de este apoyo. Por ello, conviene establecer la fundación teológica que hace imprescindible y urgente este apoyo.

3.1. Desde la comprensión de la fe. La fe es el encuentro personal con Jesucristo, en quien el hombre descubre y experimenta a Dios como Padre, y por quien recibe la fuerza del Espíritu. «Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios —al Dios Padre, Hijo y Espíritu— le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asistiendo libremente a lo que Dios revela»¹¹. Mediante este acto de apertura, de encuentro y de entrega confiada, el Padre, por Jesucristo, en el Espíritu transforma al hombre en su ser más profundo. Ninguna de las dimensiones de la persona humana queda al margen de este encuentro vivo y existencial, de tal forma que el creyente adquiere una nueva comprensión del hombre, del mundo y de su historia, que le transforma hasta en sus mismos sentimientos¹², y le impulsa a unos comportamientos nuevos, siguiendo el estilo de vida de Jesús de Nazaret. La fe transforma al creyente en sus ideas, en sus sentimientos más hondos y en sus comportamientos dentro de la historia.

Además, la fe se vive siempre en situaciones históricas concretas, con su tradición cultural, sus problemas e interrogantes y sus formas de expresión. Nada humano es ajeno a la fe¹³.

Teniendo en cuenta que la personalidad humana se va fraguando durante la infancia, adolescencia y juventud, durante la fase de su vida en que la persona es más receptiva y está más abierta, resulta extremadamente difícil insertar la fe en una base humana que ha crecido cerrada a la transcendencia, al misterio y a los valores evangélicos. La comprensión del mundo y del hombre que el niño y el joven van integrando en su personalidad más honda pueden constituir un vehículo para la fe o un muro que la dificulte. De ahí que la Iglesia haya estado presente siempre en el campo de la educación y del interés vivo por la misma¹⁴.

¹¹ VATICANO II, *Dei verbum*, 5.

¹² Cfr. FIL 2, 5; GaL 5,22; También PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

¹³ Cfr. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 20, 31.

¹⁴ Entre los documentos más importantes y recientes, cfr. VATICANO II, *Cravissimum educationis*; SAGRADA

3.2. Desde la conexión entre creación y alianza. Si en el apartado anterior me he basado en motivos fundamentalmente antropológicos, en este me quiero basar en razones más específicamente teológicas. Siguiendo las aportaciones del Vaticano II¹⁵, Pablo VI dedica en la *Evangelii nuntiandi* «que no se puede dissociar el plan de la creación del plan de redención»¹⁶. Esto implica que todo lo que pertenece al ámbito de la creación pertenece, por ello mismo, a la integridad de la fe cristiana. O lo que es lo mismo, que «lo cristiano» es más amplio que «lo específicamente cristiano». Así, la lucha por la justicia y por la libertad, la defensa de los derechos de la persona humana y el esfuerzo por la solidaridad no son valores específicamente cristianos, pero sí que pertenecen a la integridad de la fe¹⁷. Quienes están promoviendo estos valores y ayudando a la persona a ser íntegramente ella misma, están realizando ya una tarea de pre-evangelización. Incluso se puede decir que de evangelización implícita.

Conviene tener en cuenta que «a la base de cada teoría o acción educativa está siempre un concepto de hombre y unos fines a perseguir para perfilar el hombre a que queremos llegar»¹⁸. De ahí que la educación tenga tan decisiva importancia para la Iglesia. Como dedica la Sagrada Congregación para la Educación Católica, «corresponde a la escuela cultivar con asiduo cuidado las facultades intelectuales, creativas y estéticas del hombre, desarrollar rectamente la capacidad de juicio, la voluntad y la afectividad, promover el sentido de los valores, favorecer las actitudes justas y los comportamientos

CONGREGACION PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica*, (19-III-77); Id., *El laico católico testigo de la fe en la Escuela* (15-X-82); JUAN PABLO II, *Discurso a la UNESCO* (2-VI-80); Id., *Discurso a los educadores cristianos* (Granada 1982); CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iglesia y la educación en España, hoy* (2-11-69); etc.

¹⁵ Cfr. VATICANO II, *Gadium et spes y Apostolicam actuositatem*.

¹⁶ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 31.

¹⁷ Cfr. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 17; *Laboran excercens*.

¹⁸ AMPARO POVEDA, *La educación y el educador cristiano*, en *El educador ético hoy* (V Jornadas de Educadores Cristianos).

adecuados, intro; duár en el patrimonio cultural conquistado por las generaciones anteriores, preparar para la vida profesional y fomentar el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, indudéndolos a comprenderse mutuamente». Tras señalar esta serie de dimensiones de la escuela, en las que no se da ningún demento específicamente cristiano, conduce la Sagrada Congregación: «También por estos motivos entra la escuela en la misión propia de la Iglesia»¹⁹.

3.3. Desde la comprensión del misterio de la Iglesia. Apoyándose en esta conexión entre creación y alianza y en una comprensión más integral de la persona humana y de la vivencia de la fe, el Vaticano II dice que «la misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal»²⁰. «Todo lo que constituye el orden temporal... no son solamente medios para el fin último del hombre, sino que tienen, además, un valor propio puesto por Dios en ellos... Esta bondad natural de las cosas temporales redbe una dignidad especial por su reladón con la persona humana, para cuyo servido fueron creadas»²¹.

Esto quiere decir que los educadores, verdaderos expertos en humanidad, utilizando una expresión que Pablo VI aplicaba a la Iglesia, están realizando también la misión de la Iglesia en el mero hecho de educar, cuando esa educadón se basa en una comprensión del hombre y dd mundo que no se cierra a la fe. Y cumplen esta misión no sólo cuando educan en lo específico cristiano, sino sencillamente cuando educan. El riesgo que se le presenta hoy al profesor, es el reduccionismo de querer convertir al profesor en un mero transmisor del saber, bajo el pretexto de que la ciencia es neutral. Quiéralo o no, el profesor siempre educa o deseduca mediante sus actitudes, sus comportamientos, el enfoque de su materia y la comprensión del nombre y del mundo que transmite de forma explícita o implícita.

Esta tarea de educar —y prescindiendo ahora de una educación cristiana explícita como la que dan los profesores de religión— no sólo es una parte de la misión de la Iglesia, sino que corresponde a *lo que es específico* del apostolado de los seglares. El Vaticano II dice expresamente a los seglares que *acepten* «como obligación específica... el instaurar el orden temporal y el actuar directamente y de forma concreta en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana»²².

Esta es la óptica correcta para descubrir la necesidad de apoyo de la comunidad cristiana a sus profesores: tanto desde el punto de vista antropológico —comprensión de la fe— como desde el teológico y el eclesiológico, en la medida en que ayudan al desarrollo integral de la persona desde una antropología personalista y con inspiración evangélica, están realizando una tarea de Iglesia. Es más, se trata de la única presencia de la Iglesia cuando realizan esta tarea en centros estatales.

Además, tampoco se debe reducir la tarea de un profesor cristiano a la educación de los niños y de los jóvenes: *el* esfuerzo por lograr la integración de los padres en la educación de sus hijos, la lucha por una legislación mejor, el trabajo con los compañeros en las organizaciones profesionales, la participación en la promoción y orientación de las asociaciones juveniles y la coordinación con otros profesores cristianos son parte integrante de un movimiento de educadores cristianos.

4. ¿UN MINISTERIO LAICAL DENTRO DE LA IGLESIA?

San Pablo compara la Iglesia a un organismo vivo en el que cada uno de los miembros desempeña una función en favor de todo el organismo²³. Se trata de una visión impresionantemente rica de la Iglesia, en la que se recalca la unidad y la diversidad de los creyentes, el papel de Jesucristo como cabeza, y el del Espíritu como santificador y animador de los creyentes²⁴.

¹⁹ SAGRADA CONGREGACION PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, 12.

²⁰ VATICANO II, *Apostolicam acttuositatem*, 5.

²¹ *Ib.*, 7.

²² VATICANO II, *Apostolicam acttuositatem*, 7.

²³ Cfr. 1 Cor. 12,12 ss.; Ef. 4, 4-6; Gal. 3,28; etc.

²⁴ Cfr. VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

En este Cuerpo, todos los miembros deben tener un papel activo al servicio de los demás y de todo el Cuerpo. Y es el Espíritu quien repartiendo dones diferentes, capacita a cada uno para una tarea. Cuando se trata de tareas que responden a una necesidad permanente de la Iglesia y que tienen un reconocimiento público por parte de la comunidad, y una cierta permanencia por parte del sujeto que las ejecuta, hablamos de ministerios. Es decir, de servicios. Algunos de estos ministerios, como el del episcopado o el del sacerdocio tienen una entidad especial que proviene del sacramento con el que son consagrados quienes reciben de la Iglesia jerárquica la capacitación sagrada para tales servicios o ministerios. Pero hay otros muchos ministerios que no están sancionados ni constituidos por un sacramento específico. Entonces hablamos de ministerios laicales. Por ejemplo, el catequista, el animador de un grupo juvenil, el lector de la Palabra, el acólito...

Pues bien, el educador cristiano desempeña un verdadero ministerio laical. Es decir, desarrolla una tarea en nombre de la comunidad cristiana y al servicio de esa misma comunidad en virtud de los carismas y de la preparación recibidos. Y esto constituye un motivo más para descubrir la grandeza de la tarea de un profesor cristiano. Hemos dicho antes que la educación sin más es parte integrante de la misión de la Iglesia. Es fácil descubrir que esta tarea responde a una necesidad permanente. Quizá falta que la misma comunidad descubra este servicio como parte de la vocación cristiana, y no como una mera profesión sin relación con la fe. En cierto sentido, al menos implícitamente, la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha reconocido esta tarea como un ministerio laical, cuando dice:

«El educador laico católico es aquel que ejercita su *ministerio* en la Iglesia viviendo desde la fe su vocación secular en la estructura comunitaria de la escuela, con la mayor calidad profesional posible y con una proyección apostólica de esa fe en la formación integral del hombre»²⁵.

Sin embargo, tanto en el educador como en la misma comunidad falta la *conciencia del envío* para una misión eclesial. En muchos educadores

cristianos, porque viven su tarea más como una profesión mediante la que se ganan la vida que como una vocación de su ser hombres y de su ser cristianos. Ellos mismos no han logrado la síntesis de su fe y de su tarea, y no han logrado una inserción en la Iglesia como profesores-cristianos. Y en muchas comunidades, porque reducen lo cristiano a lo específico cristiano y no han descubierto la importancia de la educación, en cuanto educación humana, para la vida de la fe. Esto lleva a señalar algunas condiciones imprescindibles para que se pueda decir que el educador cristiano está desempeñando un ministerio laical.

4.1. La condición primera y básica es la de ser *creyentes de forma existencial*. Es decir, que la adhesión personal a Jesucristo sea la dimensión más profunda de la personalidad del educador, la dimensión que informa y organiza su comprensión del mundo y del hombre, sus sentimientos y sus actitudes. Se trata de una actitud vivida y existencial que configura el núcleo más profundo e íntimo de su personalidad total, y que se mantiene en un continuo proceso de escucha de la Palabra.

4.2. La segunda condición, es la de estar vitalmente inserto en una comunidad cristiana, sin limitarse a vivir su fe de forma individual mediante actos esporádicos. Puede ser una comunidad de tipo parroquial o la comunidad de un movimiento apostólico. En esta comunidad escucha la Palabra; discierne los signos de los tiempos y las voces del Espíritu; celebra su fe en los sacramentos; y va descubriendo que toda su vida, y especialmente su trabajo de educador es parte de su vocación cristiana a la santidad y al servicio²⁶. Únicamente desde esta experiencia comunitaria concreta podrá sentirse y saberse enviado a construir el Reino, aportando en su tarea educativa «la concepción cristiana del hombre en comunión con el magisterio de la Iglesia. Concepción que, incluyendo la defensa de los derechos humanos, coloca al hombre en la más alta dignidad, la de hijo de Dios; en la más plena libertad, liberado por Cristo del pecado mismo; en el más alto destino, la posesión

²⁵ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, 24.

²⁶ Cfr. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, 37. 60.

definitiva y total del mismo Dios por el amor»²⁷. Sólo en una comunidad podrá vivir en plenitud su proceso de interiorización de la fe y de asimilación del Evangelio, que debe impregnar todos los ámbitos de su vida y de su personalidad.

4.3. La tercera condición es el sentido de pertenencia eclesial. En los momentos actuales, en los que muchos se sienten entusiasmados por Cristo pero ajenos a la Iglesia, el educador cristiano debe tener conciencia eclesial y dar testimonio diáfano de esta pertenencia. Con frecuencia se olvida que no tenemos acceso a Cristo fuera de la Iglesia, y que el Cristo que nos presentan los evangelios y el resto de los escritos del Nuevo Testamento es el Jesucristo que está viviendo y que nos transmite la Iglesia de las primeras generaciones. La Iglesia no sólo nos da la Palabra sino especialmente la presencia real y activamente viva de Jesucristo en los sacramentos. Sin Iglesia, no hay acceso real al Cristo de nuestra fe que ha resucitado y vive en medio de su pueblo.

Si bien el deber primordial de la educación y el derecho de elegirla corresponde a los padres²⁸, esta tarea la desempeñan de forma subsidiaria el estado y la Iglesia. Pero si la fe es la opción más profunda que configura el ser del creyente, antes que un empleado del estado, cuyas leyes también debe observar siempre que sean justas, «el educador laico debe estar profundamente convencido de que entra a participar en la misión santificado» y educadora de la Iglesia, y, por lo mismo, no puede considerarse al margen del conjunto eclesial»²⁹. Es más, una forma explícita de esta eclesialidad es la profundización en los documentos del magisterio sobre la educación para tratar de llevarlos a la vida concreta de su centro de trabajo.

5. BÚSQUEDA DE LINEAS OPERATIVAS

En los diversos Congresos diocesanos los profesores cristianos *han manifestado* que no se sienten suficientemente apoyados por la comu-

nidad cristiana y que *se encuentran* solos a la hora de cumplir su *tarea* de laicos católicos en la escuela. Este mismo problema lo recoge la Sagrada Congregación para la Educación Católica: «Las diversas circunstancias en que se desarrolla el trabajo del laico católico en la escuela, hacen que muchas veces éste se sienta aislado, incomprendido y, consecuentemente tentado al desaliento y al abandono de sus responsabilidades»³⁰.

5.1. Necesario apoyo de la Iglesia entera. Esta constatación es ya un buen punto de partida. El documento antes citado nos advierte que: «para hacer frente a estas situaciones y, en general, para la mejor realización de la vocación a que está llamado, el laico católico que trabaja en la escuela debería poder contar siempre con el apoyo y la ayuda de la Iglesia entera»³¹.

Para que sea efectiva esa ayuda, en este Congreso se han de evitar dos riesgos. El primero, el de limitarse a establecer cuál debería ser ese apoyo, sin concretar líneas de acción viables. Y el segundo, quedarse en una actitud derrotista ante las dificultades y conformarse con señalar buenos deseos, esperando que sean otros quienes los lleven a la práctica. Hay que ir más lejos, y establecer algunos objetivos posibles, así como los pasos a dar para lograrlos, y concretar quien o quienes se responsabilizan de ayudar a todos a ponerse en camino.

En los últimos quince años, el Episcopado español ha publicado más de sesenta documentos colectivos sobre la educación y la presencia de la Iglesia en la Escuela. Siguen teniendo actualidad los objetivos señalados en el año 78 por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. Urge, decían los obispos:

—Sensibilizar, movilizar y coordinar a todas las personas interesadas en el campo educativo, para que tomen conciencia de lo que significa hoy la presencia de la Iglesia en la realidad cívica de la escuela y se comprometan en ella como creyentes.

—Despertar el sentido de responsabilidad de los educadores cristianos y suscitar nuevas

²⁷ Ib. 18.

²⁸ Cfr. ib., 12.

²⁹ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Obr, Cit, 24.

³⁰ Cfr., Ib. n.º 71.

³¹ Ib., 71.

vocaciones educativas, de modo que unos y otros consideren esencial en su tarea un alto nivel de competencia profesional y la firme convicción de que, en el desempeño de su fundación educativa, realizada a luz de la fe, se actualiza la capacidad humanizadora del Evangelio y se colabora en la venida del Reino.

—Formar la conciencia de los padres cristianos sobre la obligación que tienen de atender a la educación cristiana de sus hijos en el ámbito familiar y de exigir la enseñanza religiosa en cualquier tipo de centros docentes de la nación.

—Defender el derecho a crear y dirigir escuelas católicas, y exigir su financiación de todos los centros de interés público sin discriminación con relación a los centros creados por iniciativa del Estado.

Ningún miembro de la Iglesia debe considerarse ajeno al trabajo en el mundo de la enseñanza, ya que es uno de los grandes campos de acción de la misión salvífica de la Iglesia, y es, tal vez, el que ofrece al mismo tiempo mayores posibilidades y necesidades. El alto porcentaje de padres de familia y de alumnos que solicitan libremente la enseñanza religiosa en los centros escolares, tanto públicos como privados, haciendo uso de su derecho y de su deber, tienen que mover a la comunidad cristiana a tomar conciencia de las grandes posibilidades que se le ofrecen en ese ámbito y de que su crecimiento y vitalidad dependen en gran medida del número y de la calidad de profesores cristianos que quieran asumir sin complejos esta importante misión. Y no me refiero sólo a las clases de religión, sino a la presencia de profesores cristianos que no encubren vergonzosamente su fe ni silencian sus valores e ideales, sus creencias y esperanzas, sino que se manifiesten en su propia identidad cristiana sin intolerancias pero sin disimulos. La fe cristiana tiene derecho a manifestarse públicamente y a ejercerse en el entramado social. Para ello es necesario que todos superemos nuestros complejos, porque a base de repetírnoslo ciertas críticas superficiales, podemos haber hecho nuestra la sensación de que ser creyentes está pasado de moda *culturalmente* y de que adoptar una postura abierta de fe significa rechazar el mundo moderno. ¿No es al menos una ingenuidad pensar, por ejemplo, que la interpretación marxista de la historia es científica y la interpretación cristiana es tendenciosa y pre-

científica? Hay que superar igualmente los prejuicios, porque ante la insistente afirmación de que estamos en una etapa pos cristiana y secularizada, hemos terminado por no atrevernos a proclamar el mensaje evangélico, metiendo la luz de la fe bajo el celémín de nuestra intimidación. La aconfesionalidad del Estado y todo lo que lleva consigo, de pluralismo ideológico y la libertad civil en materia religiosa, no tienen por qué significar un amortiguamiento misionero.

5.2. La situación detectada en los Congresos diocesanos. Con un gran realismo se han analizado en la fase diocesana de este Congreso las múltiples resistencias y las complejas dificultades objetivas para la realización de la tarea educativa. Y ese análisis puede servir como punto de referencia a la hora de concretar las formas de ayuda y apoyo que la Iglesia entera debe prestar al laico católico que trabaja en la escuela.

Parece conveniente resumir los principales problemas detectados a lo largo de este año de trabajo, para que aparezcan con mayor relieve las cuestiones de fondo.

a) *Escasa conciencia eclesial de la importancia del campo de la enseñanza.* Esta es una idea que se repite en las aportaciones de varias diócesis: que la comunidad cristiana parece no haber tomado conciencia de que en el terreno de la educación se está construyendo el futuro y de que se juega en este campo vital el destino de la Iglesia y del mundo en el resto final de nuestro siglo. Frente a los diversos grupos sociales y políticos que quieren utilizar la escuela como medio para la transformación de la sociedad, no hay una sensibilidad suficiente en los sacerdotes, religiosos y laicos en general sobre lo que significa la presencia de la Iglesia en la realidad cívica de la escuela y la necesidad de la acción conjunta para conseguir una real eficacia en el campo de la educación. En el fondo de muchas reticencias o inhibiciones está la duda, y a veces la convicción, sobre la ilegitimidad jurídica, teológica y pastoral de la presencia de la Iglesia en la escuela. Y por ello, no se presta el apoyo necesario a los profesores laicos católicos, sin los cuales «la educación en la fe en la Iglesia carecería de uno de sus fundamentos»³².

³² Cfr. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la*

Otras diócesis señalan que son los mismos profesores cristianos quienes no han tomado conciencia de que su tarea de profesores en y desde la fe es ya una actividad apostólica que debe de ser prioritaria para ellos. Y, quizás por este motivo, buscan otros compromisos apostólicos fuera de su medio profesional, sin advertir que son ellos quienes deben hacer presente a la Iglesia en el mundo de la cultura y quienes tienen que dar una respuesta de fe primordialmente en ese ambiente.

b) *La soledad en que se encuentran muchos profesores, sin posibilidad de encontrar cauces para una formación permanente como cristianos y como profesores, sin facilidad para el encuentro y el diálogo, y sin apoyos a la hora de emprender alguna acción.* Explicitar el testimonio de fe y expresar hoy libremente las convicciones religiosas en las instituciones escolares estatales no es fácil en las circunstancias presentes y encuentra a veces tal oposición que muchas veces resulta heroico, si no se encuentra sostenido por toda la Iglesia. No son pocas las dudas e inquietudes que agitan a bastantes educadores cristianos, religiosos y seculares, que consagran sus esfuerzos y su vida entera a la enseñanza.

c) *La inhibición de los padres ante los problemas de la enseñanza.* Los padres de familia, a veces, no asumen las responsabilidades que les corresponden y promover eficazmente la defensa de sus derechos y los de los escolares. Y en una sociedad tan altamente tecnificada y compleja como la actual, ello no será posible más que a través de la agrupación y el trabajo colectivo. Se detecta, en cambio, la debilidad de las Asociaciones de Padres de Alumnos y la escasa participación de los padres creyentes en estas Asociaciones y comunidades.

d) *La falta de preocupación de las parroquias por los centros escolares situados dentro de su territorio.* Se advierte en las aportaciones de muchas diócesis el deseo generalizado de una mayor presencia de los sacerdotes en los centros escolares de EGB, de que se supere la desconexión total entre la catequesis que se imparte en las parroquias y la enseñanza de la religión en las escuelas —donde la hay—, y de que se valore por parte de los sacerdotes y de las

comunidades parroquiales el esfuerzo de tantos creyentes que viven profesionalmente dedicados a la docencia y que a través de su trabajo tratan de educar a sus alumnos en los valores del Evangelio. Y se pide a los Obispos un mayor apoyo a los profesores cristianos que trabajan en las escuelas estatales, sin limitar su preocupación a las escuelas confesionales.

e) *Falta de preparación de los profesores para la enseñanza de la Religión.* La conciencia de una insuficiente cualificación teológica por un lado y pedagógica por otro hace que muchos se inhiban ante esta tarea. De ahí que se insista en la necesidad de organizar encuentros de profesores que imparten la enseñanza religiosa, de crear departamentos de religión en los centros y de potenciar la enseñanza de la pedagogía religiosa en las Escuelas de Formación del Profesorado.

5.3. Líneas para una respuesta a la situación descubierta. La síntesis anterior pretende ser, al mismo tiempo, un recordatorio de la situación que se ha detectado a lo largo de todo el año, y el marco de fondo sobre el que hay que buscar hoy respuestas concretas y operativas. Mi aportación en este capítulo se limita a señalar las directrices generales por donde entiendo que deberían ir tales respuestas.

a) *Seguir caminando en la experiencia de la fe.* «Es primero en su propia fe donde el laico católico tiene que buscar ese apoyo. En la fe hallará con seguridad la humildad, la esperanza y la caridad que necesita para perseverar en su vocación»³³. Si leemos detenidamente los Evangelios y el libro de los Hechos de los Apóstoles, observamos que todo comenzó con un «encuentro». Algunos hombres sencillos se encontraron con un compatriota suyo, con Jesús de Nazaret. El poder de su palabra y el testimonio de su conducta fue una luz que les cautivó y les impulsó a seguirle, «dejándolo todo». Y fue la experiencia de su encuentro con el Resucitado la que transformó sus vidas: se sintieron cambiados en sus ideas, en su manera de comprender la vida, en sus sentimientos y en sus actitudes más profundas. Esta experiencia del amor del Padre en Jesucristo y de sentirse cambiados en hombres nuevos por la

fe en la escuela, 74.

³³ Cfr. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, nº 72.

fuerza del Espíritu les impulsó a proclamar que en Jesucristo hay salvación y novedad de vida y a construir una sociedad nueva.

Cuando S.S. Juan Pablo II, en su exhortación de Toledo, invita a los seglares a recuperar y vivir su identidad cristiana, está invitando a vivir este encuentro transformador en Jesucristo. «Haced la experiencia de esta amistad con Jesús», les dijo también a los jóvenes. Se trata de vivir con continuo proceso de conversión al Evangelio y de adhesión personal a Jesucristo. Para mantener viva la identidad cristiana y manifestar la fuerza del Evangelio en el servicio que se presta al hombre a través de la acción educativa, se necesita escuchar y meditar la Palabra, celebrar la fe con la comunidad y tomar conciencia de la presencia de Espíritu en la vida.

Pero esto exige la *incorporación* a una comunidad eclesial, que puede tener características muy diversas: una comunidad parroquial, un movimiento apostólico, un catecumenado de adultos...

Esa experiencia de fe «recibe su ayuda de la Iglesia a través de la Palabra, de la vida sacramental y de la oración de todo el Pueblo de Dios. Porque la Palabra le dice y le recuerda al educador la inmensa grandeza de su identidad y su tarea, la vida sacramental le da fuerza para vivirla y le reconforta cuando falla y la oración de toda la Iglesia presente ante Dios por él y con él, en la seguridad de una respuesta prometida por Jesucristo, lo que su corazón desea y pide y hasta aquello que no alcanza a desear y pedir»³⁴.

b) *Impulsar asociaciones católicas de educadores.* Son varias las diócesis que han valorado de forma muy positiva este Congreso, porque ha dado ocasión para encontrarse y dialogar los profesores cristianos, para contar con la presencia y el apoyo de Obispos y sacerdotes, para analizar la realidad, para compartir inquietudes e ilusiones y para celebrar juntos la fe. Y muchos piden que este trabajo continúe.

Es bien conocida la insistencia del Vaticano II en la importancia de las formas organizadas del

apostolado secolar. Sus argumentos básicos son: que responde mejor a la naturaleza social del hombre; que expresa más profundamente la dimensión comunitaria del cristiano; que es signo de comunión de los hermanos en Jesucristo; que facilita la preparación de sus miembros y la programación de las tareas que requieren un esfuerzo superior a las posibilidades individuales, y que se puede desarrollar un trabajo más eficaz con la colaboración de todos.

La Sagrada Congregación para la Educación Católica reitera la misma recomendación: «Las condiciones del mundo contemporáneo deben mover a la jerarquía y a los institutos religiosos consagrados a la educación, a impulsar los grupos, movimientos y asociaciones católicas existentes, de todos los laicos creyentes implicados en la escuela, y a la creación de otros nuevos, buscando las formas más adecuadas a los tiempos y a las diversas realidades nacionales. Muchos de los objetivos educativos, con sus implicaciones sociales y religiosas, que reclama la vocación del laico católico en la escuela, serán difícilmente alcanzables sin la unión de fuerzas que suponen los cauces asociativos»³⁵.

Creo que un Movimiento apostólico de educadores cristianos es el mejor cauce para vivir esta tarea como un verdadero ministerio laical y para sostener desde la fe el compromiso de servicio en la escuela.

El impulso de nuevas formas de asociaciones, grupos y equipos de profesores cristianos, adecuados a las necesidades del mundo presente, así como la revitalización de los ya existentes son un medio imprescindible para *mantenerse* en una actitud permanente de búsqueda de nuevas orientaciones pedagógicas, de asimilación de la doctrina del magisterio sobre la escuela y el educador católico, de análisis crítico de la nueva legislación, de vivir eclesialmente la fe y de tener voz y presencia pública en la sociedad y en la Iglesia. Serían, al mismo tiempo, una plataforma excelente para promover encuentros entre profesores cristianos, para asegurar una formación permanente, para intercambiar información y experiencias, para organizar las escuelas de verano que piden algunos y para tener algún tipo de publicación periódica.

³⁴ SAGRADA CONGREGACION PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela*, 72.

³⁵ Cfr., lb. 75.

c) *Promover y coordinar la pastoral educativa en las diócesis.* La trascendencia del tema educativo y la importancia del momento actual exigen a todos renovar y potenciar en las diócesis los organismos especialmente dedicados a la pastoral de la enseñanza y coordinar todas las instituciones y trabajos realizados por los creyentes en los diversos ámbitos educativos. La eficacia de los cristianos en el mundo de la enseñanza no es proporcional al número y a la calidad de las personas que están dedicadas a este servicio ni a los esfuerzos de diversa índole que se están realizando, por una falta de coordinación en una pastoral de conjunto. El lugar de integración debe ser la Iglesia local, porque la presencia cristiana en los centros escolares de cualquier naturaleza es presencia de una Iglesia local. Por eso el Concilio ha pedido a los Obispos que busquen la coordinación y la unidad de toda la actividad educativa en el seno de la Iglesia local³⁶.

El organismo que promueva y coordine las tareas que están realizando las Asociaciones de Padres de Alumnos, las Asociaciones y grupos de Profesores, las Ordenes y Congregaciones Religiosas y las Delegaciones de Enseñanza y Catcquesis puede ser el Consejo Diocesano para la Educación Cristiana. Este Consejo tendría, entre otras, la finalidad de promover la formación permanente de las personas y la renovación de las instituciones cristianas presentes en el mundo de la educación, coordinar todos los esfuerzos educativos de los creyentes de acuerdo con las orientaciones pastorales de la Iglesia, impulsar las iniciativas para la promoción de una educación inspirada en el Evangelio, orientar la pastoral educativa y aunar las fuerzas para que en la política educativa se respeten los principios cristianos sobre la educación.

Este servicio de la Iglesia a la educación debe formar parte de la acción pastoral de las parroquias y de los Arciprestazgos. La importancia de la pastoral de la enseñanza reclama una conjunción de esfuerzos para que cuantos integran la comunidad educativa (padres, alumnos y profesores) reciban una atención coherente y eficaz. El responsable o los responsables de la pastoral educativa en el Arciprestazgo o la zona tendrían la misión de orientar, animar y coordinar

a cuantos trabajan con sentido cristiano en las diversas instituciones docentes, y de sensibilizar al mismo tiempo a las comunidades cristianas de la trascendencia de la tarea educativa y del apoyo que deben prestar a cuantos trabajan en la misma. Desde estos organismos se podía elaborar, como algunos desean, un proyecto pastoral sobre la presencia de los laicos católicos en los centros educativos, especialmente los públicos, que ilumine y promueva la identidad cristiana del educador, que unifique criterios de acción, que ayude a desarrollar todas las dimensiones de su vida profesional y creyente, que los estimule a la acción evangelizadora en el campo educativo y que encauce eficazmente las asociaciones de cuantos trabajan con unos mismos ideales.

6. CONCLUSIÓN

La celebración de este I Congreso Nacional de Profesores Cristianos es un signo de gran valor y un motivo de esperanza. No hay que olvidar que detrás de él hay muchas horas de reflexión, de estudio, de diálogo y de oración. Si nos hemos reunido a buscar juntos, guiados por el Espíritu, es porque hemos descubierto unas necesidades apremiantes y porque tenemos fe en el futuro. Creemos que hay respuestas válidas. Ahora hay que concretar compromisos, establecer cauces para llevarlos a la práctica y pensar en algún organismo que mantenga abierto el diálogo y las posibilidades de comunicación entre todos.

³⁶ CONCILIO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio pastoral de los Obispos*, nº 17.